



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantesvirtual.com

JORDÃO MANUEL QUIZEMBE
Caníbales. Secuelas de una guerra
[fragmento]

Edición impresa

Jordão Manuel Quizembe, *Caníbales. Secuelas de una guerra* (2014)

En

Jordão Manuel Quizembe, *Caníbales. Secuelas de una guerra* (2014), www.bubok.com, pp.45-50.

Edición digital

Jordão Manuel Quizembe, *Caníbales. Secuelas de una guerra* (2016)

Claudine Lécrivain (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Marzo de 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R).



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Caníbales. Secuelas de una guerra Jordão Manuel Quizembe

La lluvia de la desgracia

Por suerte, en aquellas tierras solo tenemos dos estaciones climáticas; la época de la lluvia que son nueve meses aproximadamente y la estación seca. En los días de lluvia prolongada la gente prefería quedarse en casa pues que había provisiones para la familia pero algunos atrevidos salían no para trabajar duro más bien para regular el cultivo del guarapo que era prácticamente necesario e indispensable. Con la llegada de la guerra se trabajaba menos aún y se disfrutaba más de los días de lluvia prolongada y se recuerda aquellos días felices en que los viejos de mi equipo se sentaban conmigo todo el día en torno a la hoguera, asando plátano, carne o dátil y bebiendo aguardiente. Pocos de entre nosotros se atrevían a beber guarapo en aquellos días porque es una bebida refrescante aunque era realmente más sabrosa y que sus efectos terapéuticos son indispensables e indiscutibles –limpia los riñones y evita fiebres e incluso dolores de cabeza.

La disciplina y todas las normas que aprendimos durante la infancia desaparecieron con la guerra pues estaba prohibido que un adolescente participara en la conversación de los viejos. En el refugio hablábamos todos y me sorprendió el cambio sistemático de los viejos que me veían a mí como compañero y no como hijo. No hacían nada sin consultarme, lo que nunca había ocurrido.

Aprovechábamos la tregua de algunos minutos, incluso horas, para salir a recoger cangrejos y caracoles que salen merodeando por el camino en los días de lluvia. Esta tarea no era obligatoria pero algunos lo hacían para evitar la monotonía que ofrece la hoguera, así se levantaban pequeñas discusiones entre los viejos, y de qué manera se tiraban indirectas cuando alguien salía y conseguía algo de comer para todos. Antonio Kabuza era el que menos se molestaba en abandonar la hoguera y cuando Kikanza se levantaba para salir, Kabuza le pedía que se sentara para descansar, y eso era el centro de inicio de una discusión.

Kabuza era menos sacrificado que los demás e incluso en aquellos días de lluvia dejaba perder el cultivo de guarapo que requiere repasarlo dos veces al día. Es decir, una en la mañana temprano y otra, por la tarde. A medida que la palmera va soltando el guarapo, la flor se va secando y ése es el motivo por el que se repasa con un cuchillo dos veces al día. Recuerdo entonces aquella semana en la que el viejo no tenía guarapo, porque después de las lluvias perdió su cultivo. No voy a perder la vida por el guarapo, decía aquel viejo que, en parte, tenía razón porque era bastante arriesgado subirse a una palmera mientras llovía. El intervalo de treguas de las lluvias era corto y apenas nos daba tiempo a cosechar el guarapo de una sola palmera. Además mientras se aflojaban las lluvias, las palmeras seguían botando agua, y eso era un peligro añadido. Cuando Kabuza perdió su cultivo de guarapo, los demás viejos le invitaron a beber de su cosecha pero Kikanza aprovechaba la

oportunidad para insultarlo y decía: ves cómo el vago morirá de hambre. El vago busca motivo para no hacer nada y disfruta de su vagancia pero cuando la necesidad le obliga se refugia en los demás. En la cabaña que era la cocina, Kikanza cogía un bidón de cuatro litros de guarapo y servía los tragos para todos los presentes pero a Kabuza no lo invitaba. Ya verás como aprenderás esta vez.

– Pero si vamos a morir. ¿Por qué nos tratamos mal?, replicaba Kabuza.

Es así como los niños piden llorando y los adultos piden con la mirada. Aquel viejo miraba a la gente bebiendo y nadie al parecer se compadecía de él. Cierta día, mi padre cogió su copa y se la dio a Kabuza y Kikanza amenazó a los dos: no beberéis nunca jamás conmigo.

Se armó una discusión enorme pero el tono era moderado porque había rumores de que el enemigo estaba operando por la región. Después de una tregua pasaron las lluvias pero no duró mucho y volvió a caer fuerte, y el viejo Kabuza al parecer había aprendido algo y seguía cuidando su cultivo de guarapo con la lluvia.

Cierta mañana el viejo salió y volvió y trajo mucho guarapo y lo puso cerca de la cabaña porque en aquel instante solo estaba yo en la hoguera. Tardó un poco más y fueron llegando los demás y pusimos más leña en la hoguera. Preparamos el almuerzo y Kabuza no venía pero nadie se preocupó por él.

A las cuatro de la tarde, se calmaron las lluvias y entonces los viejos decidieron salir a buscarlo. Golpeaban en los troncos de los árboles y silbaban imitando el sonido de los pájaros pero el hombre no contestaba. El hombre estaba colgado en la palmera a unos quince metros de altura, apoyado por la cinta que se cogió por la cintura y las axilas. No podía moverse para enderezar los pies y bajar. Según los viejos que tuvieron que engañar una gran estrategia para rescatarlo, era asombrosa y milagrosa la forma en que el hombre se quedó atado a la palmera. El viejo subió a la palmera y se le resbalaron los pies y mientras el cuerpo se desprendía hacia abajo, la cinta cogió al hombre por las axilas y lo dejó colgando. Era un momento en que la lluvia había dado una pequeña tregua y los viejos se empeñaron a fondo para bajarlo de la palmera. Estuvo entonces unos días en casa porque se quejaba de la rodilla y todos, incluso Kikanza, se compadecían de él. Una semana después el viejo seguía quejándose y otra vez empezaban las discusiones entre ellos. El hombre estaba realmente mal y la gente lo ignoraba. Me gustaba oírles discutir sobretodo en los días en que circulaban rumores de la presencia del enemigo en la zona. No podían levantar la voz por el miedo, pero tampoco callaban y se lanzaban acusaciones.

Cierta mañana se despertó el viejo y dijo: me voy a morir porque tuve una gran pesadilla; teniendo en cuenta que la gente no cree que estoy enfermo, alguien me vino a decir en el sueño que me levantara para ir a trabajar y resultó que subí a la misma palmera que me atrapó pero no era para hacer el guarapo sino para cortar dátil y cuando llegué arriba del todo iba a tomar posición para cortar y me vine hacia abajo. Este sueño me iba a matar pero tuve suerte que no llegué al suelo.

Se acabó, decían los viejos: ahora dejarás de trepar a las palmeras para que veas que te queremos y hoy te encargas de revisar las trampas de los animales con nuestro Jordão.

Salí entonces con Antonio Kabuza a revisar las trampas de los animales y resultó que por el camino encontramos un rinoceronte muerto. Era enorme el bicho y lo íbamos a trocear para llevar la carne que necesitábamos pero el viejo decidió llamar a los demás y así lo hizo. Pensamos que había muerto por envenenamiento de una mordedura de serpiente pero cuando le dimos la vuelta nos percatamos que tenía tiros de bala. Estuvimos días comiendo caracoles y cangrejos y ahora teníamos carne en abundancia pero tuvimos un gran obstáculo que era la lluvia. Necesitábamos sol para secar la carne, y sal.

Mi trabajo en el grupo era solamente cocinar y dos veces a la semana cogía la bicicleta para llevar de comer a la familia en el pueblo y contaba con el apoyo de un equipo. Una vez al día me ayudaba uno de los viejos y resulta que Kabuza siempre se escapaba en su día de ayudante. Kikanza veía la ausencia de Antonio Kabuza y cierto día pensó llamarle la atención. Era la hora de la comida y Antonio no había llegado y dijo Kikanza: ¡verás que terminamos de comer y viene ese viejo con mentiras porque sabe que no ha ayudado al muchacho en la cocina!

Así fue; precisamente cuando terminamos de comer apareció el viejo Kabuza y desde cierta distancia decía en voz baja: miren que los cabrones están en el barrio. Ahora sí, los vi perfectamente y resulta que son blancos y negros quienes están matándonos. El viejo hablaba bajo y asustado aparentemente pero Kikanza le estaba esperando y le dijo: Cállate y ven a comer, vagabundo mierda. Sabías perfectamente que hoy era tu día de ayudar al muchacho en la cocina y te fuiste. Ahora vienes exactamente a la hora de la comida. No, hermano mío escúcheme, replicaba Antonio. Hubiese llegado a tiempo para cocinar pero estaba persiguiendo a una gallina en el barrio y gracias a que salió corriendo en dirección contraria a la que venían los rebeldes.

– ¿Dónde esta la gallina finalmente?, pregunta Kikanza.

La tenía casi en las manos y cuando levanté la vista vi los primeros soldados que entraban en el barrio. Entonces me agaché y solo me levanté cuando pasó el último hombre. “Son más que las hormigas”, concluía aquel viejo.

Aquí nadie cree tus mentiras porque yo mismo acabo de llegar del barrio y te vi en tu casa sentado y no te saludé porque sabía de antemano que estabas escaqueándote para no ayudar al muchacho en la cocina, decía Kikanza; así que come y coge los bidones y vas al río a coger agua.

Finalmente el viejo prefirió ir al río primero para comer después, y durante su ausencia el problema parecía estar ya zanjado pero cuando volvió siguió la discusión entre los dos hombres. “No es bueno que os peleéis en estas circunstancias pues las voces se oyen a muchos kilómetros de distancia, sobretodo a estas horas de la tarde que se nota en la selva una relativa calma del viento, los pájaros y otros seres de la naturaleza”, aconsejaba mi padre.

Kabuza estuvo callado y no dijo una sola palabra más; eso evitó un forcejeo entre ellos. El día siguiente por la mañana me tocaba llevar comida a la familia en el pueblo y cogí la bicicleta que mi padre había preparado. Las cuerdas que ataban el saco de comida de veras tenían que ser cortadas

con un cuchillo porque los nudos eran profesionales. Es decir que en el caso que me cayera con la bicicleta no se soltaba tan fácil la mercancía.

Desde el refugio hasta el barrio fui empujando la bicicleta porque es un sendero estrecho y el suelo era bastante rugoso. Con la carga, constituía un peligro enorme montar y pedalear pero desde la aldea en adelante estaba la carretera.

Iba entrando en el pueblo y sentí venir alguien detrás y resultó que era mi padre. El hombre pensó en las palabras de Kabuza y decidió acompañarme. Llegamos los dos a la carretera que atraviesa la aldea y vimos las marcas de las pisadas de los soldados y nos asustamos “Kabuza tenía razón”, decía el viejo. Todo apuntaba que el grupo fue hacia la ciudad y entonces el viejo decidió adelantarme y yo iba detrás.

Llegamos a la aldea Bajo de Kicumba y se veían mejor las marcas de las pisadas de los hombres, luego llegamos a la montaña de Kapela donde María Fuke asfixió a su hijo mientras se escondía de la columna militar y vimos que los rebeldes se desviaron para las regiones de Kafofo.

Entonces estábamos prácticamente fuera de peligro pero aun así seguíamos la estrategia trazada por el viejo: él iba delante y yo le seguía detrás. En las curvas, yo tenía que esperar su señal pero detrás también me daba miedo.

En la montaña de Kaluango, a unos siete kilómetros de la villa de Golungo, la situación se complicó.

Me quedé en la cima y el viejo fue bajando hasta la explanada y luego me hizo la señal para que me detuviera. Es que él escuchaba las voces de una gente que venía delante y paró para averiguar quiénes eran y yo interpreté mal el gesto. Monté en la bicicleta y ésta tomó más velocidad de la que esperaba. El viejo, al verme lanzado como un bólido, soltó la suya para frenarme pero no le dio tiempo. Entonces me percaté del peligro pero era ya demasiado tarde, y las señoras que venían delante y que iban a buscar comida en sus tierras de cultivo se asustaron al verme junto a ellas y me tiré al suelo. Todos se apresuraron a levantarme. Y mi padre se lamentaba porque pensaba que algo grave me había pasado. “Los niños son de goma” y es verdad porque apenas tenía unos rasguños.

Este grupo tenía entonces noticias de nosotros y les contamos lo que estaba pasando y todas ellas se arriesgaron a seguir la marcha. En el pueblo la gente estaba segura pero el problema era la hora de buscar la comida.

Entonces el grupo de mujeres tenía también una lección que aprender: durante sus excursiones debían de mantener silencio y evitar hablar y reír a carcajadas sobre todo en aquellos días. Para ellas eso era un espíritu de valentía y coraje pero las ponía realmente en peligro.

En el pueblo teníamos siempre noticias frescas sobre la actuación del gobierno.

Hacía tiempo que los comerciantes no se aventuraban a viajar a la capital del distrito en busca de ración. Una y otra vez venían caravanas de dos o tres camiones militares pero solo traían comida y armamento para la tropa. En el mercado escaseaba todo, principalmente pescado y sal. Por eso las mujeres solteras buscaban la forma de seducir al ejército para sacarles algo en su provecho.

El hambre asolaba considerablemente a todo el mundo y fue así por lo que el gobierno tomó la iniciativa de formar una tropa especial para fletar los camiones que estaban dispuestos a viajar para la capital del distrito. Salió entonces la primera caravana y llegó a Ndalatando y una semana después estuvo de vuelta; los comerciantes vendían sus productos con total normalidad surgiendo así una nueva esperanza para el pueblo. El círculo de la vida dependía de las tierras de cultivos donde el pueblo se esmeraba a fondo fabricando aguardiente; luego lo vendíamos directamente. Muchas señoras venían de la capital en busca de este producto que era una fuente de buenos ingresos y escaseaba a medida que el enemigo incrementaba la guerra. Algunas familias no tenían la valentía de seguir viviendo en sus tierras de cultivo y se fueron a vivir a las tierras de Golungo y tenían grandes problemas a la hora de afrontar el hambre. No había ayuda de ningún tipo y cada uno vivía como podía. Fue así por lo que muchos de ellos se dedicaban a cultivar pequeñas parcelas de tierra en las inmediaciones de la gran ciudad.